

EL HABITAR POÉTICO EN EL CONTEXTO DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO. UNA LECTURA Y UNA POSIBLE RESPUESTA FENOMENOLÓGICA

*Poetic inhabit act in the context of the contemporary world.
A reading and a possible phenomenological response*

ARQ. ARMANDO CARRANCO HERNÁNDEZ
Profesor Investigador de la Facultad de Arquitectura
Universidad Nacional Autónoma de México, México
editor.phi@gmail.com

Fecha de recibido: 16 febrero 2014
Fecha de aceptado: 18 mayo 2014

pp: 65-80



FAD | UAEMéx | Año 9, No 16
Julio - Diciembre 2014

RESUMEN

El presente texto parte de una crítica a la arquitectura contemporánea en el ámbito de su teoría, práctica y enseñanza en las escuelas de la disciplina, esto en el sentido en que ha olvidado, o al menos, ha prescindido de una parte importante de su corpus original, volviéndose así una ciencia meramente pragmática y utilitaria en el mejor de los casos, o perdiendo mucho contenido humano significativo. El resultado ha sido convertirse en una actividad que responde principalmente a criterios comerciales, modas arquitectónicas temporales, formalismos banales, entre otros.

Se propone como alternativa, explorar en la fenomenología la recuperación del orden poético de la arquitectura para responder a las condiciones humanas originales que el mundo moderno ha perdido casi en su totalidad.

Palabras clave: espacio existencial, fenomenología, habitar, poética.

ABSTRACT

This text starts from a critique of contemporary architecture in the field of theory, practice and teaching in schools of architecture, that has been forgotten, or at least been omitted part of their original corpus, thus becoming in a discipline merely pragmatic and utilitarian in the best, or losing any significant human content. The result is that architecture has becoming an activity that responds mainly to commercial criteria, architectural temporary fashions, trivial formalities, among others. The proposed alternative is to explore in the phenomenology the recovery of the poetic order of architecture to meet the original human conditions that the modern world has lost almost entirely.

Key words: existential space, phenomenology, inhabit, poetics.

INTRODUCCIÓN

Esta reflexión podría comenzar haciéndose la siguiente pregunta, ambiciosa y trascendental ¿Cuál es la arquitectura que necesitamos en los albores del siglo XXI? Más allá de los adjetivos que algunos estudiosos han utilizado para nombrar a nuestra época, términos que van desde la *era postindustrial*, *posmoderna*, *supramoderna* o hasta la *era del vacío* (Lipovsky, 2002), sabemos que vivimos en un mundo dominado por el proceso tecno-científico, el consumo con sus referidas y diversas formas de explotación humana y de la naturaleza, el culto al individuo, la sobrevaloración de lo objetivo y lo cuantificable y el desprecio a las formas de la subjetividad (Kosik, 2012: 64).

El mundo actual ha perdido su carga simbólica que, durante milenios, nos unió como género a la naturaleza y al cosmos. El hombre se vuelve en sujeto y el mundo en objeto, para beneficio y usufructo del propio hombre a partir de la Revolución Industrial, aunque encontramos sus raíces en el trabajo de Galileo, Newton y Copérnico algunos años antes. Así, desde el siglo XVIII, paulatinamente, fe y razón fueron divorciándose hasta llegar a formar parte de un esquema de vida de polos opuestos. Por lo que, el pensamiento científico vino a ser la única y legítima representación de la realidad, negando cualquier otra interpretación. No olvidemos la famosa y lapidaria frase de Hegel: “Todo lo real es racional y todo lo racional es real”. En el caso particular de la arquitectura, el orden simbólico que se expresaba, sobre todo en la geometría, la mimesis y los órdenes clásicos (en el caso de la arquitectura “occidental”), fue sustituido por teorías instrumentalistas como el famoso *Mecanismo de la Composición* elaborado por Jacques Nicolas-Louis Durand, iniciando el siglo XIX en la recién creada Escuela Politécnica de París, donde, por métodos racionalistas-reduccionistas, a partir de una retícula, por ejemplo, era posible tener el control total del proceso de proyección arquitectónica. La técnica, la posibilidad de llevar al máximo el funcionamiento mecánico de los materiales, así como la economía y la decoración, fueron gradualmente adueñándose del pensamiento del ejercicio de la profesión. El “triunfo” del Movimiento Moderno fue la culminación de esta nueva condición de la arquitectura en el mundo tecno-científico racionalista (Giedion, 2001).

Otro de los aspectos significativos producidos en este contexto es la tendencia a confundir información con conocimiento. Mientras que desde un punto de vista fenomenológico, la experiencia vivida y el cuerpo son el núcleo fundamental de acceso al conocimiento, para el mundo moderno puede bastar con encontrar la “información adecuada” disponible en un océano de datos, y así “resolver” un problema planteado (*problem solved*). Los retos del mundo se vuelven, entonces, una serie de *problems solved*, y esto incluye también a los propios de la arquitectura y la ciudad (Gasca, 2005). Esta actitud inmediateista nos ha llevado a perder de vista o a confundir lo esencial de dichos problemas de nuestro tiempo, es decir, el “verdadero” problema. En la superficialidad con la que nos movemos, pensamos que, por ejemplo,

atender un problema de déficit de vivienda se soluciona con construir y poner a disposición de la población el mismo número de casas que la aritmética nos demanda a partir de indicadores. El problema se vuelve meramente estadístico y económico, perdiendo así su original dimensión humana (Ponce, 2011).

Alberto Pérez-Gómez había señalado esta situación desde hace algunos años:

La obsesión con la información y la ilusión respecto a su aplicabilidad, que busca instrumentar, controlar y manipular variables para ganar eficiencia y economía, es generalmente motivada por la noble presuposición de que el “sistema” puede ser fácilmente puesto en marcha en nombre de valores humanistas. Esto es, sin embargo, profundamente engañoso. Cuando los sistemas de información (ciencia aplicada o metodologías) toman el lugar del conocimiento como guía de una praxis, los valores auto-referenciales del sistema (eficiencia y economía) invariablemente dominan la producción. No es de sorprenderse, entonces, que la moderna obsesión con la información depositada en la visión del mundo moderno tecnológico haya sido generalmente en detrimento de lo que pretendemos construir. Las computadoras pueden incluso permitir al arquitecto tener en sus dedos toda la información que necesita para proyectar, por ejemplo, un hospital más “funcional”, sorteando diversas cuestiones significativas. Y siempre estará la esperanza de que el edificio terminado provoque menos quejas o reclamos por parte de los cirujanos o pacientes sobre la proverbial ignorancia de los diseñadores, pero el problema fundamental de la falta de sentido seguirá prevaleciendo (Pérez-Gómez, 1987).

En este contexto, se propone como alternativa la recuperación del sentido poético de la vida y el habitar en el mundo, propuesta que se desarrollará a lo largo de este texto, compatible con la paradoja del mundo moderno como una posibilidad de equilibrio frente al mundo material que ha sido despojado de sus simbolismos y significaciones. Plantear una manera de pensar y hacer una arquitectura que sea capaz de estructurar nuestro ser-en-el-mundo, es decir, una propuesta fenomenológica.

DESARROLLO TEMÁTICO

Para los fines de este estudio, he querido explicar brevemente algunos conceptos básicos de la fenomenología como disciplina y método filosófico, con la salvedad del espacio breve del que dispongo, sin la intención de ser limitativo y determinista. La intención es solamente

abrir la discusión a una postura frente al ejercicio de la profesión en el contexto del mundo global postmoderno.

Propiamente dicho, el método fenomenológico es una puesta en cuestión de nosotros mismos y el mundo, pero no a partir de hechos vistos aisladamente, sino partiendo desde la cosa misma, la cosa en sí, lo dado que aparece en la conciencia (Husserl, 1984). Sin embargo, la conciencia en Husserl no se refiere a ninguna condición ni estructura psíquica, sino a la condición intencional de posibilidad del conocimiento de las cosas, previo a cualquier interpretación subjetiva. Prescinde de la observación de las cosas del mundo objetivo-racional aisladamente, ajena al observador, a la que se aplican situaciones externas, se le mide, se le cuantifica y se le busca su “objetualidad”. El método fenomenológico busca analizar el objeto con el “analizador” (yo) inserto en la cosa misma, en la experiencia vivida. López Sáenz (2002: 1), al referirse propiamente a la educación, describe así el método fenomenológico:

Nos referimos a la fenomenología que se inicia con Husserl, se prolonga con la fenomenología existencial francesa y la filosofía hermenéutica y llega a nuestros días con aplicaciones concretas y cada vez más ricas a diversos problemas demasiado humanos. Optamos por ella porque hace de la existencia, la experiencia vivida y el cuerpo el núcleo de sus planteamientos; este es nuestro suelo (Boden), el mundo de la vida (Lebenswelt) pre-predicativo en el que estamos inmersos siempre; ese es el mundo que Husserl recondujo a la subjetividad, el lugar de la intersubjetividad inmediata, el horizonte originario. La fenomenología describe las vivencias y aclara el sentido que nos envuelve en nuestra vida cotidiana, el significado del ser humano, en suma, la experiencia que somos. La fenomenología ha sido especialmente sensible a la problemática desatada en torno a la Lebenswelt. Fenomenólogos de la talla de Husserl o Merleau-Ponty consideran que la ciencia ignora este mundo y, así, olvida sus propios fundamentos.

EL HABITAR POÉTICO

Para poder ligar la idea de la fenomenología como método para lograr una mejor arquitectura, es preciso entender el aspecto poético de esta misma, en el sentido de poner en cuestión el habitar actual del hombre, en su limitada relación con el origen de la arquitectura misma y en ver a la propia arquitectura como una “actividad” más entre otras. Es importante entender que, el término *poético* que se maneja en este estudio, en un sentido fenomenológico, no tiene nada que ver con el género literario alguno, ni es un adjetivo calificativo generoso. Al igual que sucede con muchas palabras que hoy utilizamos cotidianamente, hemos perdido los significados originales que daban sentido al lenguaje

fundacional. Esto es lo que Walter Benjamin (1982) denominó como la tercera era del lenguaje, o lenguaje humano utilitario y es el caso del término “poético”, que deriva del griego *póiesis* que significa crear.

En el *Banquete*, uno de sus más famosos *Diálogos* escritos en plena madurez, Platón explica lo que es el amor a partir del concepto de *póiesis*. Según esto, la *póiesis* es la capacidad de crear, es decir, de pasar del no ser al ser, acción que sólo el amor posibilita. Es el tránsito del amor-carenza al amor consumado a través de la creación de obras. El amante, *inflamado de amor a la verdad* regresa a la *polis* para transformar en obra su locura de amor. La obra realizada (*tekné*) saca a la luz las *energías ocultas de ese amor*. Así, se entiende por *poiesis* al proceso creativo que determina un paso del no ser al ser, de manera que todas las obras producidas por cualquier tipo de arte son *poiesis*.

Sin embargo, es Martin Heidegger quien lleva más lejos el sentido original de la palabra. De acuerdo al filósofo alemán, la obra de arte es un llevar-a-cabo (*vollbringen*), traer a su plenitud total lo que esa obra está expresando, su forma más acabada: la presencia, manifestación de eso que es: el Ser. Esto es posible gracias a la *tekné*, la técnica. Así, el acto poético es el momento en que el hombre es creador y permite la manifestación del Ser en cada uno de sus actos, la puesta en obra de la verdad (Heidegger, 1995).

En su sentido original, el habitar poético es el que posibilita todas las manifestaciones del Ser sobre la tierra, es decir, el pleno desenvolvimiento del ser humano en todas sus dimensiones: en lo físico, lo emocional, lo espiritual, lo psicológico, más allá del limitado concepto de confort al que constantemente se refiere la arquitectura moderna. El habitar poético potencializa así las diversas manifestaciones del Ser con sus posibilidades, pero sobre todo, establece relaciones entre el sujeto y el mundo en las dimensiones humanas antes enunciadas, tal como lo afirma Bachelard (1958), idea que retomaré más adelante.

Pero, ¿Qué es habitar? Citemos la disertación del filósofo Nelson Tepedino, quien hace una acertada conclusión del pensamiento de Heidegger para acercarnos al concepto de habitar:

Habitar tampoco es para Heidegger una actividad entre otras. No es algo que el hombre haga. No se trata de que el ser humano exista y, además, habite casas, cuevas o edificios. Habitar es para Heidegger una manera de ser, una de las formas básicas que configuran su existir (existenciarios, según la terminología de *Sein und Zeit*), como también lo son el ser-para-la-muerte, la comprensión, el encontrarse, el lenguaje, etc. El ser humano no existe sin más: existe habitando, y es por ello que el hombre edifica, construye casas y espacios destinados a alojar su actividad. Pero lo primario es el habitar, y un habitar sobre la tierra. Aún sin un techo sobre su cabeza, la manera

en la cual el hombre vive sobre la tierra es habitándola. De allí que lo que Heidegger pregunte realmente sea ¿qué es el habitar humano?, llevando la interrogación al plano propiamente filosófico, es decir, al plano de lo que es. La búsqueda de una respuesta lo conduce inmediatamente a la actividad humana más estrechamente ligada al habitar, que es, sin duda el edificar. Sólo que, dicho lo anterior, no puede concebirse la relación entre el edificar y el habitar como una relación de medio a fin, sino como una relación de fundamentación: no se trata de que el hombre edifique para después habitar, no es que haya “descubierto” que sus especiales habilidades le permitían edificar casas que fuesen mucho mejores que las cuevas, sino porque a su ser le corresponde esencialmente el habitar, el hombre edifica sus moradas. Así, el hombre edifica porque previamente habita, y no habita porque edifique.

Heidegger dirá que edificar es, en realidad, una suerte de “modulación” del habitar humano, que este habitar es la particularísima manera en que los hombres son sobre la tierra y que se despliega en un edificar doble: por una parte, en la construcción de los objetos (*aedificare*) en, con y entre los cuales se realiza este habitar (viviendas, edificios de diversa finalidad, y también todas las demás cosas) y, por la otra, en el cultivo y cuidado de la tierra y sus frutos (*colere*), que nunca es algo dado naturalmente, sino que siempre necesita ser construido, es decir, realizarse dentro de la forma que le otorga la cultura.

Aquí aparece uno de los primeros cuestionamientos de la tesis heideggeriana: El mundo moderno no deja que las cosas sean, pues pretende des-ocultar todas las cosas antes, ha convertido al mundo en un objeto para uso del sujeto (el hombre), coartando esa aparición del ser, así el mundo completo está puesto a disposición (*Gestell*). La humanidad ya no es consciente de su relación con el mundo al que no deja ser y pretende controlarlo, dominarlo, explotarlo en su beneficio y finalmente corre el riesgo de ser devorado por su propia *tekné*, a la que termina subordinándose. En el caso de la arquitectura, las construcciones actuales en sentido habitual impiden, en la persecución de sus comodidades, el auténtico habitar, su origen y esencia. De esta manera, la arquitectura, hermenéuticamente hablando, pierde significado y sentido. Entonces, este habitar propio, el habitar poético, es el que hay que recuperar para poner al hombre nuevamente sobre la tierra. Pérez-Gómez (1983) en la introducción a su tesis doctoral aborda este cuestionamiento:

El principal problema de la intencionalidad de la arquitectura es la génesis de la forma. Antes del siglo XIX, la preocupación de los arquitectos por la *mathemata* nunca fue meramente formal. Aún las tradicionales categorías *vitrubianas*: *firmitas*, *commoditas* y *venustas*, no eran percibidas como entidades independientes, como valores

con derechos propios. La intencionalidad en la arquitectura era trascendental, necesariamente simbólica. Su modo de operación era entonces la metáfora, no ecuaciones matemáticas. No sólo era que la forma no siguiera a la función, sino que la forma podría llevar a cabo su rol como primer signo de reconciliación, aquel que refería ultimadamente a la esencial ambigüedad de la condición humana. Debido a que la teoría de la arquitectura asume implicar una racionalidad absoluta, ha sido considerada capaz de permanecer por sí misma, libre de toda relación con preguntas filosóficas fundamentales. Sujeta a los valores de la tecnología, su interés no está ya en el significado, sino en una eficiencia conceptual y material dominando el diseño y la construcción. Esto, naturalmente ha creado una tensión entre la teoría y la práctica. La teoría puede trabajar sin complicaciones en un nivel formal, pero es incapaz de lidiar con la realidad. Correlativamente, la práctica ha sido transformada en un proceso de producción despojada de su significado existencial, con sus objetivos claramente definidos o referenciados a valores humanos. Aún más, la práctica ha ignorado su relación con la teoría para recuperar su dimensión poética. Esta situación es evidente en algunos de los mejores ejemplos de la arquitectura contemporánea.

En su célebre ensayo, *Bauen, Wohnen, Denken* (Edificar, Habitar, Pensar) (1953), Martin Heidegger sostiene que los hombres deben preservar la tierra, cultivarla, no como forma de explotación agrícola, sino en el sentido original del vocablo latino *colere*. Aclara que “*salvar la tierra no es adueñarse de la tierra, no es hacerla nuestro súbdito, de donde sólo un paso lleva a la explotación sin límites*”. La tierra como suelo (*boden*) es parte de nosotros mismos, nos sostiene y nos alimenta. Con ella habitamos posibilitando las formas del ser, sin ella no existimos. Nuestra conciencia de existir “*en la Cuaternidad (Geviert), sobre la tierra, bajo el cielo, en presencia de los divinos, como mortales*” parece indicar que la tarea de llevar el habitar a la plenitud de su esencia implica salvar la tierra, básicamente, de nuestra propia irracionalidad social. No debemos seguir viendo al “usuario” como un individuo aislado por un lado y un mundo por el otro. Existir es ser-en-el-mundo existiendo concreto en una totalidad, ocupándose de cosas, de sí mismo y de todo lo otro. El hombre habita poéticamente la tierra porque tiene que crearse a sí mismo, ya que es el único ser sobre la tierra que puede “hacerse”, tiene que darse forma en una cultura que le dé cobijo. Cuando Heidegger menciona “lo divino” establece una unidad de medida que el propio poeta Hölderlin ya había considerado cuando menciona que “al mirar hacia arriba, el hombre se ve exigido a medirse con lo divino” (Heidegger, 1994). Así, esa distancia que el hombre se ha puesto entre el cielo y la tierra que habita es el espacio concedido al hombre para su existir, para superarse a sí mismo. Ese es el acto fundacional para edificar, donde se crea el lugar, y por lo tanto, para habitar. Es decir, el habitar poético.

CUERPO

El cuerpo es un concepto fundamental en el habitar poético. Desde un punto de vista fenomenológico podemos definir al ser humano como conciencia encarnada. En este sentido, el cuerpo toma una relevancia preponderante, pues es el medio que tenemos para estar-en-el-mundo. A partir de nuestro cuerpo entendemos nuestro entorno, vinculándonos al mundo a través de nuestra verticalidad con el horizonte y la gravedad, en una realidad natural y cultural simultánea. El cuerpo comprende a partir de la experiencia vivida (Merleau-Ponty, 1993), como por ejemplo, es imposible aprender a andar en bicicleta o a patinar a través de un libro. La arquitectura que busca el máximo confort, aún a costa de falsear o negar las condiciones de clima, iluminación natural, olores, calidad del aire, entre otros aspectos, nos despoja de la experiencia real de vivir en el mundo y relacionarnos con él. Tenemos que superar la limitada idea, muy difundida en nuestros tiempos, de que el fin último de la arquitectura es el confort, aún a costa de lo que sea, incluyendo el derroche energético, la devastación del planeta o la explotación de nuestros semejantes. El confort moderno tecnológico nos aleja irremisiblemente del habitar poético.

Por otra parte, nuestra sociedad moderna ha privilegiado el sentido de la vista por sobre los demás sentidos. Somos devoradores de imágenes, iconópagos-iconofílicos. Hemos dejado de leer y de imaginar, pues la total accesibilidad a las imágenes, generalmente seductoras, en nuestra vida cotidiana, ha entorpecido los demás sentidos, desarticulando nuestra forma originaria de percibir y relacionarnos con el mundo. Por otra parte, el *voyerismo* a través de Internet, la constante vigilancia con cámaras de video en cualquier situación, o la incontrolable pulsión de estar fotografiando o videograbando hasta el evento más intrascendente con un teléfono celular, hablan de la sinrazón de nuestro sentido de la vista y la desarticulación de todo nuestro sistema sensorial. La imagen-escena de la cultura de masas, ostensiva, isomórfica, que revela todo de un vistazo, ha sepultado a la imagen-laberinto simbólica, que no dice lo que muestra, que tiene que ser interpretada pues ha nacido de una voluntad de ocultación (Gubern, 1996).

En el campo de la arquitectura el hecho no es menos grave. Pallasmaa (2007: 10), el célebre arquitecto-fenomenólogo denuncia este hecho cuando afirma que:

La evolución hacia una retinalidad sin precedentes también es evidente en la arquitectura, hasta el grado de que hoy podemos identificar claramente una arquitectura de la vista, una manera de construir que ha abandonado los demás campos sensoriales. Resulta controversial percatarse de que las construcciones tecnológicamente más avanzadas, como el caso particular de los corporativos de industrias de alta tecnología y los hospitales más

sofisticados, tienden a ejemplificar esta actitud distorsionada y reduccionista. Nuestra cultura tecnológica parece dirigirse lentamente a incrementar la separación y las distancias sensoriales, el aislamiento y la soledad. Nuestra avanzada civilización suprime la hapticidad, el sentido de proximidad, la intimidad y el tacto. La cultura tecnológica también debilita el papel de otros campos sensoriales, por lo general, a través de una supresión cultural o de una reacción defensiva detonada por una sobrecarga sensorial, como el ruido y los olores desagradables.

Sin embargo, en la actualidad, podemos percibir una creciente preocupación por el hecho de que esta hegemonía no cuestionada de la vista y la represión de las demás facultades sensoriales está dando origen a una situación cultural que genera alienación, abstracción y distancia, en lugar de promover las experiencias positivas de arraigo, pertenencia e intimidad.

En el mismo sentido, Pallasmaa (2012a: 11) relaciona el cuerpo como un todo con el enfoque fenomenológico de habitar siendo-en-el-mundo, cuando afirma que:

Mi cuerpo me recuerda quien soy y en qué posición estoy en el mundo. Mi cuerpo es realmente el ombligo de mi mundo, no en el sentido del punto de vista de la perspectiva central, sino como el verdadero lugar de referencia, memoria, imaginación e integración.

Es evidente que la arquitectura “enriquecedora” tiene que dirigir todos los sentidos simultáneamente y fundir la imagen del yo con nuestra experiencia del mundo. El fundamental cometido mental de la arquitectura es el alojamiento y la integración. La arquitectura articula las experiencias del ser-en-el-mundo y fortalece nuestro sentido de la realidad y del yo; no nos permite vivir en mundos de mera invención y fantasía.

LA IMPORTANCIA DE LA INTENCIONALIDAD

Así como hemos definido que el ser humano es cuerpo, la conciencia que encarna en ese cuerpo es lo que Husserl llama *la intencionalidad hacia el mundo* y que éste es constituido por aquélla en la medida en que le da sentido (Husserl, 1985).

En la fenomenología hermenéutica existe una idea importante conocida como “fenómeno como intencionalidad”. Es la vida *fáctica* que está en proceso de ser, es decir, no es un ser acabado, sino que se asume al ser posibilidad. No es algo ya dado, está marcado por el futuro, por lo que puede ser. Esto implica un porvenir, así el ser posible se convierte

en ser proyecto. Para Heidegger, existir es un ser abierto, un poder-ser que puede devenir en múltiples posibilidades. De esta manera, el habitar del hombre en la tierra busca, además de, lo que se conoce como *hermenéutica de la situación*, situarse ahí (da) en cada situación concreta. Esto no tiene que ver con la duración cualitativa del tiempo, sino con el estar-ahí, con todo lo que implica la situación. Por ejemplo, estar en el salón de clase atendiendo al profesor, interesados o aburridos o confundidos. Eso es el acto fenomenológico: Ser en cada momento, en cada acción concreta, así, en la hermenéutica de la facticidad los fenómenos están-siendo en un proyecto, atienden al presente de nuestro existir, de esta manera, la existencia nunca podrá ser objeto (cosa), sino siempre es Ser. Se parte de la posibilidad de transformación, también llamada acto radical, que es aquello en lo que se da un encuentro entre libertad y necesidad. Así, la transformación del ser-en-el-mundo, con todo lo que implica, es la posibilidad de realizar plenamente al ser humano. Heidegger plantea resolver los problemas filosóficos en la captación de esos problemas en la vida cotidiana, en el mundo-de-la-vida. No se ubica en la filosofía como un problema epistemológico, sino como un problema cotidiano del individuo en relación con los otros y con lo otro, en la totalidad de las cosas que están remitidas a otros y a otras cosas, donde todo tiene una relación con algo. No hay cosas aisladas, hay relaciones.

Bajo este concepto de *intencionalidad* de la vida fáctica, habitar poéticamente implica dar al ser la posibilidad de estar-siendo en un proyecto, de manera intencional, con la libertad de elegir, de hacernos cargo de nuestra propia historia o revocar posibilidades de la misma, para así situarnos en el presente, para proyectarnos hacia el futuro, pero ubicándonos en la tierra y con el cielo como dimensión.

EDUCACIÓN VISUAL DEL ARQUITECTO

Fenomenológicamente hablando, uno de los hechos más significativos que nos hablan de la pérdida de sentido en nuestra actividad profesional es, precisamente, la enseñanza de nuestra principal forma de comunicación: el dibujo.

Cada vez es más común que los *renders*, que exponen los estudiantes de las escuelas de arquitectura para sus proyectos académicos, valoren sobre manera al propio objeto arquitectónico, en lugar de privilegiar la lectura del espacio a partir de la propia experiencia del habitador recorriendo el edificio. Por ejemplo, se privilegian las vistas del objeto presentado como edificio-escultura, lo que nos obliga a apreciar la forma arquitectónica más como lo haríamos con un volumen escultórico rodeándolo y apreciándolo desde diversos puntos, incluyendo vistas a vuelo de pájaro que jamás, o muy difícilmente percibiríamos en un edificio construido sobre la tierra. En nuestra condición humana existencial, esto no es así. Las vistas son a la altura de los ojos de un hombre con sus limitantes naturales, situados con un horizonte de referencia y con la fuerza de gravedad presente en todo momento, permitiendo la

lectura vivencial del espacio interior, o incluso la lectura de la propia forma arquitectónica desde el exterior, cómo la apreciaríamos como seres humanos, caminando y descubriendo integralmente con todos nuestros sentidos -no sólo la vista-. Estas experiencias son frecuentemente omitidas por nuestros estudiantes. Esto nos habla de que el alumno se ha preocupado demasiado por la forma y probablemente no ha sido capaz de entender la esencia del espacio que está creando, y mucho menos la esencia del problema que está resolviendo. En otras palabras, el dibujo como representación de una idea, de una intención arquitectónica que posibilite el verdadero habitar, no existe aquí. El error empieza cuando pensamos que el espacio en pantalla que reproducen los sistemas CAD o BIM es idéntico al espacio vivido. Los ejes cartesianos que utilizan estos software de dibujo digital son la mera representación de un espacio reduccionista que dista mucho de ser la representación del espacio de la *Lebenswelt*, del mundo-de-la-vida y nosotros como profesores tenemos que advertir de esta falsa creencia a nuestros jóvenes estudiantes.

Una de las principales consecuencias de proyectar en espacios cartesianos virtuales es la pérdida de escala. Pallasmaa (2012a: 67) menciona que “Entender la escala arquitectónica implica medir inconscientemente el objeto o el edificio con el cuerpo de uno, y proyectar el esquema del cuerpo en el espacio en cuestión”.

En una época como la presente en la que desde niños disponemos de una enorme cantidad de información inconexa que incita al consumo indiscriminado y al culto de lo novedoso, se hace cada vez más necesaria una enseñanza que integre de forma crítica dicha información, que aliente a pensar y experimentar corporalmente por uno mismo para asumir la condición hermenéutica de interpretar críticamente y elegir.

CONCLUSIONES

Necesitamos volver a habitar la tierra en el sentido originario fenomenológico que hasta aquí he expuesto breve y limitadamente. Tal como lo afirma Sartre, la existencia precede a la esencia. O dicho de otra manera, cada uno de nosotros, como seres humanos vamos creando nuestra identidad tanto en lo colectivo, como en lo individual. Nos vamos “haciendo”. Durante nuestra vida, al asumir nuestra condición de seres-en-el-mundo, tenemos la capacidad de elegir. La vida fáctica tiene como distintivo la *cuestionabilidad* (Husserl, 1982). De esta manera, no cuestionarse sería como huir de la propia existencia, pues no se asumiría la libertad como concepción fundamental del existir, pues existir es un Ser abierto, un *poder ser*. Esto hace que el desarrollo de nuestro Ser nos haga únicos entre los otros, esa es nuestra esencia. A través de nuestra existencia escogemos lo que hacemos; creamos y producimos lo que es característico a nosotros mismos y le damos forma a nuestra existencia de acuerdo a formas y valores que vamos aceptando y/o desechando. Como ya se dijo, eso es *proyectar al Ser*, permitir las múltiples posibilidades de ser-siendo. De ahí que en el ámbito de la arquitectura, la estandarización, la limitación estricta del desarrollo de la arquitectura

por decisiones unilateralmente económicas, políticas, ideológicas, mercantilistas o incluso funcionales, evidentemente no permiten el óptimo desarrollo del Ser en lo individual y en lo colectivo, no permitiendo el verdadero habitar humano: el habitar poético. Así, la manera más extendida y habitual en que las ciudades se ven privadas de lo poético es una “transmutación uniformadora, humillante, degradante: lo bello se torna bonito, lo sublime se hace imponente, la intimidad de las cosas es suplantada por la agresividad” (Kosic, 2012: 70).

La dimensión que nosotros hagamos de nuestro mundo es precisamente uno de los límites que nos estamos poniendo como humanidad, y tal parece que la dimensión humana de la arquitectura contemporánea es muy mezquina.

La arquitectura actual debe buscar nuevas alternativas viables que manifiesten otra medida del ser humano. Existen hoy posibilidades a explorar, como lo que ha logrado el arquitecto mexicano Juan Casillas de la oficina LAB MX, trabajando materiales y tecnologías de bajo costo basados en la paja de desecho con comunidades de escasos recursos en Guerrero y Oaxaca, e incluso en proyectos de vivienda media en la Colonia Del Valle de la Ciudad de México. En estos proyectos, Casillas trabaja directamente con la gente y la construcción de las casas se lleva a cabo por los propios miembros de la comunidad, incluyendo a los niños, en un ejercicio de vivencia integral fenomenológica. De la misma manera, el diseño participativo nos ha mostrado casos muy bien logrados cuando la gente elige, rechaza y acepta lo que ellos mismos creen que les conviene más, siempre de la mano de un arquitecto talentoso y sensible. Hay varios ejemplos al respecto en Latinoamérica, como el caso de la regeneración urbana del barrio de San Rafael en Caracas, Venezuela, bajo la dirección de las arquitectas Silvia Soonets, Isabel y María Inés Pocaterra o el proyecto de regeneración del Centro Histórico de la Habana Vieja que dirigió el Arq. Rosendo Mesías. Otro extraordinario ejemplo lo tenemos con el Arq. Rubén Pesci, quien ha logrado consumir un auténtico habitar poético con el proyecto del Camino del Gaucho, donde se han tomado en cuenta muchas variables culturales que normalmente no se consideran en proyectos semejantes por los arquitectos, como las prácticas culinarias, la música tradicional, el atuendo, entre otros, relacionando así al hombre como grupo y como individuo a su clima, su paisaje, su cultura y su historia y al mismo tiempo proyectar al futuro a todo un grupo social.

En el ámbito internacional, Steven Holl, Peter Zumthor y Tadao Ando han llevado a cabo buenas propuestas que caminan en este territorio, sin embargo, son edificios puntuales que poco eco han alcanzado en el quehacer profesional en general, más allá de algunas reseñas en revistas y foros de arquitectura y diseño muy populares. Es famosa la frase de Ando cuando menciona que:

El problema de la modernidad más radical es que celebraba los frutos de la sociedad industrial. Festejaba

los logros del hombre, olvidando paradójicamente al hombre que los había conseguido. La espiritualidad de la arquitectura es la humanidad de los edificios. La capacidad de los inmuebles para responder, acoger y nutrir al ser humano (Ando, 1998: 62).

Podríamos empezar desde la academia explorando posibilidades donde la teoría de la arquitectura no acepte ser solamente una teoría instrumentalista, determinista y reduccionista, equivalente a la que usan las ciencias aplicadas. La teoría debe reconciliarse con la práctica y recuperar su status original como parte intrínseca y fundamental de todo quehacer arquitectónico, poniendo al hombre en el centro, con todas sus circunstancias, en lugar de sobre valorar al objeto arquitectónico, la tecnología, la ideología, los juegos de poder mediáticos y fácticos, los intereses de mercado, los indicadores económicos o la banalidad de la forma estrafalaria y comercial.

No debemos continuar repitiendo errores comunes como practicar la arquitectura como una especie de resolución de una operación matemática que resulte en formas “eficientes”, más allá de la sofisticación o la complejidad de dichas operaciones. Tampoco reducir a la arquitectura a un problema estético, económico o ambiental, dejando que sea la tecnología el único medio de solución a los problemas de los arquitectos, sino pensar más en la experiencia vivencial de los espacios, a través de la escala del cuerpo humano y todo su aparato sensorial, y no visiones idealizadas que terminan en la falsedad.

Necesitamos dar un sentido humano a la arquitectura en toda la dimensión que posibilite su ser, partiendo, por ejemplo, de la percepción entendida, no como función sensorial, sino como arquetipo del encuentro originario. Responder a la realidad primaria de nuestra existencia, permitiendo la ensoñación y vernos a nosotros mismos “no como cuerpos materiales o mecánicos viviendo en un mundo de datos objetivos y cuantificables matemáticamente, sino como una suma de posibilidades de ser moduladas por la imaginación” (Pérez-Gómez, 2008).

Debemos trascender la evolución histórica de la arquitectura y dejarla de ver como un problema de eficiencia tecnológica y empezarla a ver como una actividad cultural, entendiendo esto como una cualidad de enraizamiento en las estratificaciones más profundas de la cultura, para así llegar al corazón del habitador, entendiéndose esto no como una propuesta metafórica, sino como una alternativa viable de mejorar nuestro entorno urbano, arquitectónico y natural a partir de nuestra propia condición humana terrenal. Recordemos que antes del hombre no hay espacio, no hay lugar, todo es mundo natural. El espacio se va a crear con la edificación que permite el habitar del hombre, que al mismo tiempo es el acto fundacional que genera nuevos horizontes que le dan sentido a la vida humana, pues de esta manera, el hombre se está construyendo a sí mismo también.

FUENTES DE CONSULTA

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

1. Ando, Tadao (1998), *Arquitectura y Espíritu*, Gustavo Gili, Barcelona, España.
2. Bachelard, Gastón (1958), *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, México.
3. Benjamin, Walter (1982), “Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres” en *Para una crítica de la violencia*, Trad. Marco Aurelio Sandoval, Premiá Editora, México.
4. Gasca Salas, Jorge (2005), *La ciudad: pensamiento crítico y teoría*, Instituto Politécnico Nacional, México.
5. Giedion, Sigfried (2009), *Espacio, tiempo y arquitectura: El futuro de una nueva tradición*, Reverte, Barcelona, España.
6. Gubern, Román (1996), *Del bisonte a la realidad virtual*, Anagrama, Barcelona, España.
7. Heidegger, Martín (1994), “Construir, Habitar, Pensar” en *Conferencias y artículos*, Oidós, Barcelona, España.
8. Heidegger, Martín (1995), “El origen de la Obra de Arte” en *Arte y poesía*, Fondo de Cultura Económica, Barcelona, España.
9. Husserl, Edmund (1984), *Crisis de la Ciencias Europeas y la Fenomenología Transcendental*, Trad. Hugo Steinberg, Folios Ediciones, México.
10. Husserl, Edmund (1985), *Investigaciones lógicas*, Trad. Hugo Steinberg, Alianza, Madrid, España.
11. Husserl, Edmund (1982), *La idea de la Fenomenología*, Trad. Miguel García-Baró, Fondo de Cultura Económica, Madrid, España.
12. Kosik, Karel (2012), “La ciudad y la arquitectónica del mundo” en *Reflexiones antediluvianas*, Trad. de Fernando de Valenzuela, Itaca, México.
13. Lince Campillo, Rosa María (2009), *Hermenéutica: Arte y Ciencia de la Interpretación*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM, México.
14. Lipovetsky, Gilles (2002), *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, España.
15. López Saenz, Carmen (2002), *Enseñar a pensar desde la fenomenología*, UNED, Madrid, España.
16. Merleau-Ponty, Maurice (1993), *Fenomenología de la Percepción*, Planeta-De Agostini, Barcelona, España.
17. Montaner, Josep María (2010), *Crítica*, Colección Arquitectura y Crítica, Gustavo Gili, Barcelona, España.
18. Pallasmaa, Juhani (2007), “Tocando el mundo: arquitectura, hapticidad y la emancipación de la vista” en *Arquitectura y Percepción*. Compilador Aldrete-Haas, José Antonio, Universidad Iberoamericana, México.
19. Pallasmaa, Juhani (2012a), *Los ojos de la piel*, Gustavo Gili, Barcelona, España.
20. Pallasmaa, Juhani (2012b), *La mano que piensa. Sabiduría existencial y corporal en la arquitectura*, Gustavo Gili, Barcelona, España.
21. Pérez-Gómez, Alberto (1987), “Architecture as Embodied Knowledge”, in *Journal of Architectural Education*, Association of Collegiate Schools of Architecture. USA.

22. Pérez-Gómez, Alberto (2008), *Fenomenología y especificidad cultural en Arquitectura*. Conferencia impartida el 8 de mayo de 2008, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, PUCP, Lima, Perú.
23. Pérez-Gómez, Alberto (1983), *Architecture and the crisis of modern science*, The MIT Press, Cambridge, Massachusetts.
24. Pérez-Gómez A., Pallasmaa J., Holl. S. (2006), *Questions of perception. Phenomenology of Architecture*, William Stout Publishers, San Francisco, California, USA.
25. Ponce Sernicharo, Gabriela (2011), *Habitar en México: Calidad y rezago habitacional en la primera década del milenio*, Doc. 11, Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública, Cámara de Diputados LXI Legislatura, México.